

Libros recientes de Ensayo y Ciencias Sociales

Tras un largo paréntesis, reanudamos esta sección en la que pretendemos ofrecer al lector de nuestra revista el juicio acerca de una selección de libros aparecidos hace poco en el mercado y que tienen especial trascendencia porque atañen a cuestiones relativas a nuestro presente.

Dividiremos la sección en tres apartados: el pasado más reciente, el debate sobre el ser de España en el presente y en el pasado, y algún estudio biográfico.

JAVIER TUSELL

El pasado español: la guerra civil

Merece la pena hacer especial referencia, en lo relativo a los años treinta, de dos libros de muy diferente factura y fecha.

En el caso de Enrique Moradiellos, *El reñidero de Europa*, Barcelona, Península, 2001, nos encontramos con un

típico ejemplo de la actual historiografía española realizado por un historiador suficientemente acreditado.

Hay dos momentos en la Historia del siglo XX en los que España ha tenido un especial protagonismo. El segundo fue la transición a la democracia: nuestro país fue en este momento la primera nación importante que inició un rumbo que luego pudieron,

hasta cierto punto, imitar otros países iberoamericanos y europeos. Pero la ocasión que todavía sigue siendo considerada como más decisiva fue la guerra civil española y ello por razones que derivan del peculiar momento que estaba viviendo el mundo. Nuestro conflicto fratricida no presagió la utilización de estrategias o de armamento de la segunda guerra mundial; tampoco se puede decir que

fuera el único y directo antecedente de la destrucción de las relaciones internacionales mundiales que tuvo como consecuencia el estallido de esa conflagración. Pero, al mismo tiempo, no cabe la menor duda de que España se convirtió en el verdadero campo de batalla de las pasiones intelectuales, políticas y personales del conjunto del mundo. Un viajero extranjero, Franz Borkenau, describió lo sucedido en el título de un libro, *The Spanish Cockpit (El reñidero español)*.

Precisamente este título ha sido utilizado por el autor de este libro para parafrasearlo en *El reñidero de Europa*. Enrique Moradiellos es un joven historiador que ya ha hecho aportaciones muy importantes a la política exterior de la guerra civil española, en especial acerca de la política británica en torno a ella. Es justo, por tanto, pensar que a una persona como él debía recurrir cualquier editorial que deseara editar un buen libro sobre la materia. Y esto hay que recordarlo porque, por desgracia, algunas de las más importantes empresas españolas de la edición persisten en un error que no sólo contribuye a estragar el criterio en materia de publicación de obras de Historia sino que ni siquiera produce satisfacciones económicas. Hay que alabar, por tanto, la inteligencia con que ha actuado Península que lleva ya tiempo proporcionando

al lector buenos libros de esta materia sin perderse por los caminos del escándalo fácil, aliado a la insolvencia.

Moradiellos ha sido capaz de escribir un libro que, por un lado, está muy al día de la bibliografía hasta el momento aparecida y, por otro, tiene importantes pinceladas de originalidad.

Son ya muchos los libros publicados sobre el particular; recientemente las novedades proceden mucho más de autores españoles que extranjeros. Pero Moradiellos no sólo se basa en ellos sino que bucea en archivos públicos ofreciendo perspectivas nuevas en determinadas materias de importancia. Utiliza para ello, sobre todo, las fuentes británicas, particularmente interesantes pues no en vano la diplomacia de este país era la de mayor calidad en aquel período.

En muchas de las cuestiones más controvertidas de la Historia contemporánea española existe ya a estas alturas un considerable consenso entre los historiadores que discrepan quizá en los matices pero no en lo esencial. Moradiellos llega a la conclusión de que sin la ayuda exterior Franco hubiera sido incapaz de ganar y sin el embargo al comercio de armas la República no habría sufrido una derrota militar sin paliativos. Eso es cierto como lo es también que la guerra civil, sin ser el antecedente por excelencia de la segunda guerra mundial, contribuyó a configurar el Eje, a paralizar a Francia y Gran Bretaña y a alejarlas de la URSS. Pero creo que Moradiellos debiera hacer mención con mayor amplitud de otra realidad: fue la revolución caótica en las filas de la izquierda quien jugó un papel decisivo en que las democracias no actuaran de

una forma mas contundente y decidida de cara al conflicto para lograr a través de la mediación su neutralización. De cualquier manera cuantos estudios se hagan en un futuro sobre esta cuestión deberán tener en cuenta la aportación de este libro.

Se suele decir que la Historia exige un cierto plazo de tiempo para poder ser escrita de forma imparcial pero hay libros, como el de Julián Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes de los españoles*, Barcelona, Tusquets, 2002, que parecen testimoniar que ese requisito no es imprescindible. Sus gruesos tomos sobre la contienda civil española, uno de los momentos mas controvertidos de la Historia propia y de la universal, fueron escritos inmediatamente después de acontecida y, sin embargo, todavía resultan de muy recomendable lectura. No era Zugazagoitia un personaje de primera fila del partido socialista; quizá en condiciones normales no hubiera sido ministro y nada en su trayectoria previa permitía pensar que escribiera una obra destinada a convertirse en clásica. Pero hay ocasiones en que figuras no tan relevantes, enfrentadas a la escritura de acontecimientos que lo son, se transfiguran de tal modo que, décadas después, su libro permanece vigente. Como es lógico, desde entonces ha sido mucho lo que los estudios históricos han progresado. Pero este tipo de libros conserva el

aroma de lo vivido y, sobre todo, ha sido capaz de trasladarlo a generaciones posteriores.

Un caso parecido puede ser el libro de Paolo Monelli sobre la caída del fascismo en 1943. A diferencia de Zugazagoitia, Monelli fue periodista, como Zugazagoitia, pero no estuvo en la cumbre de las decisiones políticas. El socialista español fue un testigo de primera fila pero, si en algunos momentos parece actuar tan sólo como tal, es, sobre todo, en la segunda parte de su obra en la que, al estar en puestos decisivos, nos ofrece una narración de mayor interés. Pero eso no tiene nada de particular. Tampoco tiene nada especial el hecho de que inicie el libro con la declaración de que para él la imparcialidad es una “necesidad biológica”. Lo extraordinario es que da la sensación de, en efecto, haber guiado su pluma. No hay más que tener en cuenta que, de forma sucesiva, el autor de este libro pasó por admitir el liderazgo de cada una de las

tres opciones sucesivas del socialismo español (Largo Caballero, Prieto y Negrín) y, aun así, el retrato que proporciona de cada uno resulta ponderado e inteligente en extremo.

Por descontado no existe en la literatura sobre la guerra civil española ningún libro parecido. Dos comparaciones, sin embargo, pueden hacerse con provecho. Los artículos que Azaña escribió en 1939 son más breves y abundan en odiosidades pero tienen de parecido con el libro de Zugazagoitia que el autor parece haber sido mucho más lúcido y ponderado una vez pasados los acontecimientos que cuando se producían éstos. Las memorias de Dionisio Ridruejo se refieren exclusivamente a lo que él vio entre los vencedores y fueron escritas mucho mas tarde. En ambos casos, no obstante, siendo documentos nacidos de quienes fueron protagonistas, tratan con toda sinceridad de trascender la posición propia para comprender todas las dimensiones de aquella tragedia colectiva. Eso es lo que caracteriza a Julián Zugazagoitia en su libro clásico.

De elegir dos aspectos en los que sus aportaciones resultan especialmente brillantes, habría que citar la descripción del “desbarajuste” o “desorden demencial” que reinó en el bando del Frente Popular

durante las primeras semanas de la guerra que acabó por provocar que se malbaratara una superioridad material que habría podido dar la vuelta al resultado del conflicto. Mas interesante resulta todavía, como ya he indicado, la confrontación que nos ofrece Zugazagoitia entre los diversos líderes socialistas, singularmente la acontecida entre Prieto y Negrín. La personalidad de Largo Caballero parece simple y su popularidad estaba destinada a derrumbarse pronto ante la opinión pública. La de Prieto es la del activista ciclotímico, capaz de concitar enormes ilusiones y de derrumbarse luego con estrépito. Negrín resulta el más enigmático y el que recibe de Zugazagoitia un tratamiento más inteligente. Amaneció como hombre de paja (de Prieto) y tuvo un mediodía dictatorial, nos dice; es una descripción dura para quien colaboró con él. Pero hasta su relación, arriesgada y práctica a la vez, con los comunistas resulta comprensible en la caracterización que de ella hace nuestro autor.

Santos Juliá ha prologado esta nueva edición de la obra de Zugazagoitia con unas páginas biográficas sobre el autor inteligentes y eruditas. Se echa de menos, no obstante, un tratamiento más detenido del libro en sí, poniéndolo en relación con la bibliografía más reciente. Claro está que eso hubiera exigido un amplio

recorrido por una bibliografía torrencial.

El problema de España

Desde hace algunos años, una cuestión que ha despertado el apasionado interés de los historiadores ha sido la identidad española, su origen y su desarrollo en la época contemporánea. Casi ningún

historiador importante ha dejado de exponer su punto de vista de modo que hay que acudir a la lectura de las publicaciones más importantes, por la obra anterior de su autor, o a las más reveladoras de un ambiente existente.

Empecemos por el libro de Jordi Nadal, *España en su cénit (1516-1598). Un ensayo de interpretación*, Barcelona, Crítica, 2001. Hasta cierto punto, el lector que se acerque a este libro recibirá una considerable sorpresa. Cualquier mínimo conocedor de la historiografía española sabe que Jordi Nadal es un gran profesional de esta ciencia, autor de libros decisivos sobre la demografía española o sobre la industrialización en el siglo XIX. Sus aportaciones sobre estas cuestiones se han convertido en clásicas con el mérito añadido de que, versando sobre cuestiones cruciales, no han sido discutidas en lo esencial mientras que han sido sus discípulos los que, siguiendo la línea marcada por el maestro, han abierto nuevos caminos al conocimiento del pasado. Nadal, no obstante, no había escrito libros de carácter general y menos aún acerca del siglo XVI. En este breve libro, que no llega a las doscientas páginas, se puede decir que vuelve a sus orígenes como modernista y plantea una línea interpretativa de carácter general, libre de cualquier apoyatura bibliográfica y de cualquier pretensión de

exhaustividad. Como suele suceder con los grandes maestros que no tienen ya necesidad alguna de demostrar erudición y que saben mucho más del pasado que la parcela concreta que han investigado, el resultado es un libro magnífico, pleno de sugerencias y que, además, puede llegar muy bien al gran público.

Aunque, como se ha indicado, este libro no tiene la pretensión de abordar el conjunto de la Historia española durante el siglo XVI, aparecen en él casi todas las cuestiones esenciales. Se aborda, por ejemplo, la diferencia entre los dos sucesivos reinados de Carlos I y Felipe II no sólo desde el punto de vista de la propia concepción imperial como también del fundamento ideológico que la guiaba. Aparece el peso de Castilla en ambos casos y la atracción hacia el Atlántico frente a un Mediterráneo a la defensiva, por más que Italia se sintiera interesada por razones objetivas en la penetración española. Se presenta, también, la peculiaridad de la aventura americana, tan sorprendente como mortal para la población indígena, pero no por las causas que suele decirse. Se explican las relaciones con Portugal y las razones por las que la unión siempre resultó inevitable mientras que el vecino país se convertía en algo así como una colonia de sí mismo. Se razona el divorcio inevitable entre Flandes y la

Corona de los Habsburgo y el fracaso del poder naval español frente a Inglaterra.

Pero, además, toda esta explicación se hace desde una perspectiva que, siendo la evidentemente más correcta, sin embargo no siempre aparece clara en las interpretaciones de la Historia española. No es una casualidad que este libro esté dedicado a Ernest Lluch, “catalán de nacimiento, valenciano de adopción y vasco por devoción”, porque en realidad el talante de Nadal y el de nuestro amigo desaparecido es exactamente igual. Se basa en una conciencia de que la realidad histórica española denota, paso a paso, una diferencia de ritmos de vida y de sensibilidades que no pueden dejar de estar presentes en la actualidad como lo estuvieron desde tiempos remotos. Esclarecer esta realidad y juzgarla desde unos criterios imparciales que, por ejemplo, no presenten de una forma siempre positiva el protagonismo de uno de los

componentes de la España plural es un reto intelectual pero también una obligación política con la vista puesta en el presente. Puede en ocasiones incluso no ser entendida de forma correcta, cuando se la juzga desde unos criterios demasiado presentistas, mientras que en realidad, por más que reanuda una tendencia del catalanismo intelectual y se basa en un serio esfuerzo de convivencia constructiva, resulta obvia para cualquiera, que se enfrente con la Historia de nuestro país. A lo largo de estas páginas se descubre el papel de Cataluña en el contexto de esta España en su cénit y se describe como consecuencia de una retracción voluntaria más que de una persecución, capaz de guardar su identidad pero desde una “provincialización”. Este juicio, estrictamente histórico, demuestra el talante intelectual y la calidad de historiador de Jordi Nadal.

Escrito en relación con otro marco cronológico y con unas pretensiones más relacionadas con la idea de la identidad de España, hay que hacer mención especial del libro de José Álvarez Junco, *Mater dolorosa. La idea de España en el siglo XIX*, Madrid, Taurus, 2001, un revelador estudio muestra cómo los españoles adquirieron conciencia de serlo. Se trata de un libro importante que bien hubiera podido merecer los honores del Premio Nacional de Historia.

Una de las cuestiones que en la actualidad despierta el máximo interés de los historiadores españoles es la relativa a cómo se llega a la conciencia de identidad de las colectividades culturales y sociales. Como se puede imaginar es ésta una cuestión que tiene mucho que ver con el debate político actual acerca de la organización territorial del Estado y con el intelectual acerca de los nacionalismos. Resulta muy paradójico que sabemos ya mucho sobre los periféricos y bastante acerca del desarrollo de la conciencia nacional de Cataluña, Euzkadi y Galicia, pero carecemos de estudios suficientes acerca tanto del nacionalismo español como del desarrollo de la identidad española.

Afortunadamente, el libro de Álvarez Junco viene a cubrir este hueco. Se trata de un libro importante escrito por un historiador de talla. Autor de un interesante estudio acerca del pensamiento de los anarquistas a finales del siglo XIX y comienzos del XX, Álvarez Junco escribió también otro, de gran valía, acerca del liderazgo populista de Alejandro Lerroux en la Barcelona de comienzos de siglo. Otros autores han escrito contribuciones de valor sobre esta cuestión—mencionemos, por ejemplo, a Fusi, Borja de Riquer, Pérez Garzón o Boyd, por ejemplo—pero éste es quizá el libro de mayor enjundia, extensión y ambición que se ha publicado en los

últimos tiempos sobre tan decisiva materia. Quizá por ello hay cuestiones que da la sensación de que hubieran merecido un tratamiento más extenso mientras que otras parecen invadir aspectos que no se refieren de forma específica y directa al tema central del libro. Pero eso no quita valor a este libro decisivo.

La española fue la identidad de mayor éxito que se desarrolló en la Península durante el XIX. Lo hizo en este momento y no en otro anterior. El término “español” fue un galicismo surgido por la conciencia de la peculiaridad de una tierra en que se llevaba a cabo un tipo de guerra religiosa contra el Islam pero impregnada de su noción de guerra santa y gracias al papel jugado por los monjes franceses que difundieron el culto a Santiago. Manteniendo unas fronteras geográficas, en general estables, la conciencia primigenia de identidad española experimentó, según el autor, un desarrollo semejante al de otras realidades europeas como Francia e Inglaterra a lo largo de la Edad Moderna.

Sin embargo, fue al comienzo de la contemporánea el momento en que esa conciencia se convirtió en propiamente nacional. Lo hizo en una especie de prometedor eclosión inicial durante la guerra en contra del francés, aunque la actitud de las minorías dirigentes fuera mucho más definitiva y consciente que la de un pueblo que quizá combatió a los franceses principalmente como adversarios religiosos. La nación española fue, en un principio, esencialmente liberal y su idea impregnó todas las creaciones culturales auspiciadas por el Estado a partir de mediados de siglo. La

Historia, la Literatura, el Arte, la Música, incluso la Arqueología, se basaron en la conciencia de Nación española.

Pero no tardó en aparecer otra idea de España que tenía que ver sobre todo con el conservadurismo católico. En un principio, los absolutistas o los carlistas, por muy apegados que estuvieran a las tradiciones, en absoluto se identificaban con la Nación española. A partir de mediados de siglo, sin embargo, el impulso de un romanticismo que asimilaba Nación y Religión, hizo nacer otra óptica. Era la de quienes identificaban a España con la Contrarreforma barroca, exculpaban a la Inquisición, veían en los Habsburgo los creadores de un Imperio glorioso y percibían el resto de la Historia española posterior como un proceso de decadencia. En cambio, los liberales tendieron a ver las libertades medievales como precursoras o idénticas a las del siglo XIX, denunciaron el absolutismo a partir de finales del XV y se quejaron de la incapacidad para asimilar la herencia científica moderna. Estas dos Españas estuvieron en dura pugna durante todo el siglo.

No sólo hubo esas dos ideas de España sino que además la penetración del Estado en la conciencia popular fue más deficiente que en otras latitudes, como Francia e Italia. España no tuvo enemigos externos como Francia, el

Estado era débil y no pudo alfabetizar; tampoco el Ejército realizó la función que cumplió allí de homogeneizar a los jóvenes reclutas. Los símbolos nacionales de España resultaron siempre frágiles: un himno que no tenía letra, unas fiestas sin boato y reducidas a Madrid, unos monumentos prácticamente inexistentes y hasta una bandera discutida. En el momento actual los historiadores discuten hasta qué punto podía ser fuerte el nacionalismo español al iniciarse el siglo XX. Álvarez Junco dice, con acierto, que era mucho menor que en Francia e Italia pero muy superior, por ejemplo, que el de Austria-Hungría o Turquía. Claro está que en estos dos Imperios no existía conciencia de identidad alguna. De cualquier modo, el cambio de siglo confirmó el nacionalismo español como una realidad agónica, autocrítica y gimiente. Lo fue como resultado del 98 pero, en realidad, siempre había tenido esos rasgos.

Un libro importante como éste añade información y análisis inteligente a nuestros conocimientos. Pero provoca también preguntas. Por ejemplo, ¿es o no cierto que antes del XIX el caso español no había sido tan distinto de Francia? ¿Hasta qué punto la idea de España tuvo como rasgo complementario, siempre actuante, la conciencia de su pluralidad? Y, sobre todo, ¿se puede tratar de la conciencia de la identidad de España sin tener en cuenta, al mismo tiempo, la conciencia de otras identidades en competencia con ella?

Son éstas cuestiones que siempre serán discutidas por los historiadores y que aparecen, de una manera u otra en el libro de Ricardo García Cárcel, *Felipe V y los españoles. Una visión periférica del problema de España*, Barcelona, Plaza y Janés, 2002.

Este año, el Premio de Historia que convoca la Editorial Plaza y Janés en su colección "Así fue" ha estado dedicado a una cuestión a la que los profesionales de la Historia le vienen dando un papel muy importante. Así es principalmente porque no se refiere a un pasado remoto y carente de relación con el presente sino a cuestiones de actualidad candente. El libro de Ricardo García Cárcel, que tiene tras de sí una amplia obra

como estudioso de los tiempos modernos, es, sin duda, uno de los más importantes que se ha publicado durante este año y merece la atención que sin duda el público habrá de prestarle.

Vaya por delante, no obstante, alguna advertencia previa. En realidad, García Cárcel trata no de una cuestión sino de dos. Se refiere, en efecto, a lo que podríamos denominar como la “fama” de Felipe V, es decir, al juicio que le mereció a sus contemporáneos y a las generaciones sucesivas. En este aspecto el texto del libro muestra una considerable erudición pero abunda en citas que a una parte de los lectores les interesarán poco. Pero, como ese juicio está muy vinculado con la visión que los españoles han tenido acerca de sí mismos, lo que en realidad también hace García Cárcel es recorrer los indicios de pluralidad constitutiva que se han ido dando a lo largo de la Historia de España desde el siglo XVIII en adelante. Lo hace utilizando dos instrumentos conceptuales. En primer lugar, distingue dos visiones de España: la vertical, que atribuye a Castilla un papel de dirección y centralidad, y la horizontal, más plural no sólo por la existencia de Cataluña sino también de otros pueblos. García Cárcel, que se queja de que el debate intelectual sobre el ser de España haya sido monopolizado por los contemporaneistas, utiliza el término “nación” en un sentido

genérico, relativo a una cierta identidad colectiva. En realidad el “Estado-nación” y el nacionalismo son creaciones del siglo XIX y no se perfilan de forma definitiva sino en su segunda mitad.

Con respecto a la persona y el reinado de Felipe V, la interpretación que hace García Cárcel merece la pena compararla con la visión más catalanista que se trasluce en el libro editado por Joaquim Albareda titulado *Del patriotisme al catalanisme* (Vich, Eumo, 2001). Las diferencias,

sin embargo, no son tan grandes y al lector de los dos libros le da la impresión de que los autores podrían salvarlas a través de un debate sereno. No cabe la menor duda, por ejemplo, de que Felipe V presagió un nacionalismo de raíz castellanista y de pensión centralista.

Pero lo más interesante y laudable del libro de García Cárcel es que proporciona unas claves históricas del mayor interés para interpretar el conjunto de la Historia de España. Se pueden resumir en dos. En primer lugar, para él ha habido siempre una realidad plural de España que ha subsistido, incluso cuando las circunstancias eran menos propicias. En segundo lugar, otro hecho que se repite en nuestro pasado es una oscilación entre la visión más plural y la que lo es menos, aunque nunca desaparezca un cierto sentido de los lazos existentes en el conjunto de la sociedad española. Todas esas realidades se combinan de acuerdo con las circunstancias y teniendo en cuenta, además, otros factores. Los intereses económicos, por ejemplo, pueden ser un factor que favorezca un sentimiento de unidad pero también un incentivo para la enunciación de programas alternativos.

A partir de lo expuesto, García Cárceles hace una interpretación de la Historia de España desde el XVII que se puede resumir a grandes rasgos. El final de este siglo, después del intento unitarista del Conde Duque en 1640, supuso una aparente propensión hacia una España horizontal o más plural. Ni Felipe V ni el archiduque Carlos tuvieron una posición totalmente definida en un principio, ni tampoco todos los catalanes fueron beligerantes contra el primero. Pero tras la guerra de Sucesión nació un prenatalismo español de vocación unitaria que quedó remachado con Carlos III. Aun así, perduró el recuerdo de la pluralidad y el deseo de que reverdeciera, al menos entre medios intelectuales. Y algo parecido cabe decir de la política de todo el siglo XIX. Si en él el unitarismo liberal y castellanista pareció imponerse como ideario predominante, siempre es posible detectar la existencia de otra línea de pensamiento. En escritores liberales o de izquierdas, como Balaguer o en Pi i Margall, es posible, por ejemplo, percibir el recuerdo de unas libertades históricas perdidas tras la victoria de Felipe V y que de alguna manera el liberalismo o la democracia pueden reconstruir.

La enseñanza que de este libro se desprende, a pesar de la distancia cronológica que nos separa de los albores del siglo XVIII, es que el conflicto —la guerra civil—, lejos de ofrecer

una solución o de producir un claro vencedor, no tuvo resultado tan definitivo más allá del enconamiento. No vendría mal recordar eso en los momentos presentes en que tan crucial resulta el debate acerca de la articulación de España.

Alejado y, al mismo tiempo, cercano a este tipo de planteamientos está también el libro de José Luis González Quirós, *Una apología del patriotismo*, Madrid, Taurus, 2002. En calidad y envergadura intelectual está muy lejano a los dos que se acaban de citar pero resulta de interés porque contribuye a dar cuenta de un ambiente. El breve libro que acaba de publicar este autor tiene, en efecto, el doble mérito de aludir a una cuestión muy importante y de, a la vez, ser muy representativo de la evolución del pensamiento de un sector del ensayismo y la historiografía españoles.

El patriotismo sería, para él, una virtud individual imprescindible, a pesar de que haya podido parecer lo contrario, en un contexto democrático. En cambio lo que denomina como nacionalismo resultaría, por el contrario, un

vicio colectivo. El patriotismo coagula, a través del “amor cívico” que hace fluir —la expresión es de Maragall— a una sociedad y la hace capaz de enfrentarse a empresas grandes. Hasta aquí la valiente defensa apologética que hace el autor de un término que muchos podrían considerar anticuado. No creo que lo sea: en tiempos de individualismo bien merece la pena recordar este importante aglutinante comunitario de una sociedad que forma parte decisiva de su capital creativo.

Pero el libro de González Quirós no significa tan sólo la defensa de una virtud olvidada, sino también la vuelta a un españolismo que tiene mucho de antiguo. Siempre hemos dicho que el sentimiento nacional de los españoles era débil y, de hecho, la contraposición habitualmente esgrimida contra los nacionalismos periféricos ha nacido de un cierto “patriotismo constitucional”, ligado a principios de fondo y no a la etnicidad. Merece la pena, no obstante, tomar nota de que en ciertos sectores se está pasando a una actitud netamente españolista que reivindica un pasado libre de manchas y condena de modo radical los nacionalismos periféricos.

Ya la propia distinción entre patriotismo y nacionalismo resulta, en González Quirós, bastante indicativa. Pero hay más. Frente a una visión de la Historia de España como recopilación de desastres nuestro autor propugna un “razonable orgullo nacional” porque “España significa libertad” y porque en ella ha existido toda una tradición de individualismo, pluralismo y libertad de modo que el franquismo habría sido una “excepción”. Tales juicios resultan más que discutibles como sabe cualquier lector de la obra de Álvarez Junco o quien, simplemente, tenga en cuenta la vigencia del liberalismo o la democracia en fechas anteriores a 1977.

Además, González Quirós se indigna en contra de que sólo resulte admisible el enarbolar de banderas y el canto de himnos en las Comunidades Autónomas, siente el castellano amenazado en parte de la geografía peninsular y decreta que “en la realidad que cuenta existe una sola nación que es la española”. Lo malo del españolismo que esta postura dibuja es lo antiguo que resulta, producto de una pura reacción en buena medida justificada contra los nacionalismos periféricos.

El patriotismo es, desde luego, una virtud necesaria e incluso imprescindible en una democracia. Pero el modo del patriotismo español debiera haber cambiado

sustancialmente desde la aprobación de la Constitución de 1978. Sólo tiene ahora sentido un patriotismo de la pluralidad, lo bastante sofisticado como para considerar que si Cataluña no tiene sentido al margen de España en cierto sentido ambas son iguales como cultura y realidad política. El autor de este libro cita unos bellos versos de Celaya que bien mereciera la pena desarrollar como teoría política de nuestra

realidad actual: “Hay que revasquizar España, iberizarla/salvarla del poder abstracto y absoluto/ volver a nuestras tribus, nuestro federalismo/nuestra alegría fiera, nuestro respirar limpio/nuestro no al centralismo francés y su dominio”. Ése sí sería un patriotismo a la altura del tiempo.

Entre el pasado y el presente, la cuestión vasca

Una temática destinada a proporcionar a las editoriales españolas enfoques diversos para la edición de libros es, sin duda, la relativa al País Vasco. Tres son los grandes apartados en los que se resume, la Historia, el relato periodístico y el ensayo de actualidad. En todos ellos han aparecido nuevos libros en los últimos meses.

El libro de Javier Corcuera al que ahora se ha titulado *La Patria de los vascos*, Madrid, Taurus, 2001, apareció originariamente en 1979 con el título de *Orígenes, ideología y organización del nacionalismo vasco (1876-1903)*, publicado por Editorial Siglo XXI. Se trata de un libro no sólo clásico sino que puede incluso ser considerado como un auténtico hito historiográfico, el primer

texto que aborda de una manera que ha venido a resultar casi definitiva los primeros años del nacionalismo desde el momento fundacional, protagonizado por Sabino Arana Goiri, hasta el momento en que inició una inflexión hacia un aparente posibilismo que resulta difícil de interpretar. La razón estriba en que el fundador del nacionalismo no tardó en morir y su hermano Luis mantuvo la primitiva característica radical que le había caracterizado. Por más que el libro sea el más definitivo acerca de esa etapa, lo lógico hubiera sido que su autor hubiera tratado de modificarlo teniendo a la vista alguna información complementaria que aparece en la Historia más reciente del nacionalismo, la aparecida bajo el título *El péndulo patriótico* en Editorial Crítica de la que son autores Mees, Rodríguez Ranz y De Pablo.

En *Un pueblo escogido*, Barcelona, Editorial Crítica, 2001, Antonio Elorza reúne toda una serie de artículos aparecidos en diversas publicaciones periódicas; muchos de ellos fueron objeto de edición en forma de libro hace unos años. Elorza es un excelente historiador que tiene el mérito complementario de haber publicado sobre materias muy variadas. Todos sus textos (y también estas páginas), dirigidos principalmente a la interpretación de la Historia de las ideas, tienen un interés muy grande. Sin embargo, la presión

del espectáculo diario del País Vasco parece haberle influido de una forma evidente a la hora de escribir como historiador. Insiste, por ejemplo, mucho más en “el cordón umbilical” que uniría al PNV y a ETA que en la tradición más autonomista y moderada, la de Sota y Aguirre, que también forma parte de la trayectoria del partido.

Acerca de la Historia más reciente del conflicto vasco hay tres libros recientes centrados en ETA y el terrorismo. Quizá el de menor interés es el de Carmen Gurruchaga, *Los Jefes de ETA*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2001. En realidad, la autora hace bastante más que proporcionarnos las biografías de los dirigentes de ETA: intenta una Historia colectiva de la organización que se ve que conoce muy bien pero sobre la que no se puede decir que proporcione nuevos datos de verdadero interés. Además, el estilo es, con frecuencia, un tanto desarreglado. La misma autora e Isabel San Sebastián han sido autoras de un volumen titulado *El árbol y las nueces*, Madrid, Temas de Hoy, 2001, que refiere a las relaciones

entre el PNV y ETA. Su contenido es combativo y muy discutible pero tiene el mérito de incluir importante información policial. En *¡Arriba Euzkadi! La vida cotidiana en el País Vasco*, Espasa Calpe, 2001, el periodista José María Calleja nos ofrece la dura experiencia cotidiana de quienes se sitúan en posiciones antagónicas al nacionalismo de cualquier tipo que sea. Pluma vibrante y entusiasta, la de Calleja no abunda precisamente en matices. Podrá tener toda la razón en lamentarse que las fotos de los asesinatos en el País Vasco abundan más que la de los asesinados, que la juventud universitaria reaccione poco en contra del terrorismo o que haya habido un “largo y tenaz enfrentamiento en el odio” en una parte de la sociedad vasca (que no en toda). De ahí, sin embargo, a juzgar que los nacionalistas se dividen en dos grupos, “los que pegan tiros y los que no los pegan” o que “siempre que ETA ha estado en la lona... siempre ha habido un Arzalluz”, dispuesto a librarle de la derrota, media un abismo. El libro de Calleja siempre podrá ser considerado como la visión de un sector de la sociedad vasca, quizá el que tenga la primacía en el dolor, pero las opiniones que trasluce resultan muy discutibles (para mi gusto, mucho más que eso). Y, además, de la lectura de

estas páginas no se deduce la aparición de posibles soluciones al conflicto.

El libro de Sánchez Cuenca, *ETA contra el Estado*, Barcelona, Tusquets, 2001, no ha salido de la mano de un periodista sino de un profesor que no presume de que sus fuentes sean las mejores sino que pretende interpretar la información acopiada en otros textos. Lo hace a partir de una interpretación original que ha obtenido en los últimos tiempos numerosos defensores entre los científicos de la política, de que los actores actúan siempre por motivos racionales. De acuerdo con esta tesis juzga Sánchez Cuenca que ETA ha caminado hacia un progresivo realismo. Pensó en su momento que podría lograr con la violencia la derrota del Estado español; intentó a continuación la cesión de éste mediante una larga guerra de desgaste, y ahora quiere embarcar al nacionalismo en una reivindicación soberanista a ultranza. Lo más interesante del libro es que concluye con una propuesta que no debiera ser desdeñada “a priori”. Para este autor, a diferencia de lo que piensa Calleja, los nacionalistas democráticos no quieren salvar a ETA. Lo fundamental para él es que el nacionalismo democrático debe convencerse de que hasta que no desaparezca el terrorismo todas las demás cuestiones son secundarias. Si suscribe esta posición los dos grandes

partidos españoles le debieran ofrecer que no pondrían obstáculos a la secesión si en el País Vasco se detectara una

mayoría clara y estable a favor de la secesión. Supongo que esta propuesta resultará indignante para algunos e incluso tímida para otros. Pero debiera ser tenida en consideración. Al margen de lo que se pueda pensar de ella, el libro de Sánchez Cuenca resulta, además, de excepcional inteligencia en su tratamiento de la cuestión terrorista.

Biografía

Dos libros de muy diferente contenido han abordado recientemente la figura histórica del padre de D. Juan Carlos: el de Julio Aróstegui, *Don Juan de Borbón*, Madrid, Arlanza, 2002 y el de Fernando de Meer, *Don Juan de Borbón, un hombre solo (1941-1948)*, Junta de Castilla y León, 2001.

No es extraño que la figura del padre del Rey despierte el interés, incluso apasionado, de los historiadores. A pesar de que nunca reinó y de que el número de sus seguidores siempre fue reducido, fue un personaje decisivo en el régimen de Franco. Los juicios acerca de su actuación han sido de lo más controvertidos: desde quien le conceptúa como una perpetua veleta, atenta al cambiante viento de las circunstancias, hasta quien le considera como protagonista de una trayectoria ejemplar con repercusión directa en la actual democracia española. Como las fuentes acerca de él son abundantes —su correspondencia con los monárquicos—y, por otro lado, no son definitivas—falta conocer su archivo—, existen muchas probabilidades de que las publicaciones acerca de D. Juan de Borbón sigan siendo frecuentes. Por otro lado, para algunos su biografía puede

tener el atractivo de acercarse mucho a la actualidad e incluso ejercer la crítica política del presente de modo indirecto.

Los dos libros que examinaremos en esta reseña son de muy diferente factura. El de Julio Aróstegui es de divulgación realizada por quien es un prestigioso especialista en Historia contemporánea española aunque no haya tratado de forma monográfica ni la época ni el personaje. El volumen, pues, carece de novedades para quien conozca lo publicado sobre la materia. Las conclusiones resultan devastadoras para el biografiado. Don Juan aparece como un personaje, dominado por sus consejeros, la mayor parte de cuyas acciones resultaron erróneas. Poco preparado y rodeado de unos monárquicos que eran lo peor del régimen fenecido siguió una trayectoria puramente personalista que resultó incapaz de atraer partidarios, principalmente entre los más jóvenes. El texto de Aróstegui concluye con aquella irónica cita de Marx que afirma que en ocasiones las soluciones que son expulsadas de la Historia por la puerta reaparecen por la ventana.

A mi modo de ver, tanto Marx como Aróstegui debieran tener en cuenta la conexión existente en la reaparición de esas soluciones por otro lado de donde han sido expelidas. Don Juan de Borbón puede ser acusado de muchas cosas: no

fue demócrata hasta los años sesenta y su trayectoria política fue sinuosa, pero el establecimiento de una Monarquía en España no se entiende, en gran parte, de no ser por él. Como tantos otros españoles (de derechas pero algo parecido sucedió con los de izquierdas) reinició, una vez concluida la segunda guerra mundial, la vuelta hacia un ideal régimen de convivencia del que en los sesenta fue consciente que no podía ser sino la democracia. No fue un cínico que cambiara de política de acuerdo con el momento, sino que mantuvo siempre lo que Gil Robles denominó como una “doble actitud” consistente en convencer a las derechas de la necesidad de un cambio para, en un segundo momento, conseguir que aceptaran la convivencia con una izquierda a quien también se mostró abierto.

El libro de Fernando de Meer se abre con unas líneas de Antonio Fontán desbordantes en elogios para Don Juan, protagonista de “una de las más honestas, generosas, prudentes y esforzadas carreras políticas” de la España del siglo XX. La frase es quizá desmesurada

pero se acerca más a la realidad, en mi opinión, que los juicios de Aróstegui. D. Juan erró mucho y, sobre todo, en ocasiones dejó a sus propios partidarios embarcados en estrategias que él cambiaba sin comunicárselo. Pero en su trayectoria se descubre un hilo conductor de patriotismo y buena voluntad que aparece más clara en cuanto se conocen mejor las fuentes primarias. Hubo en él no escasos momentos de auténtica grandeza. Y, sin duda, sin la complicada relación que mantuvo con Franco no se explica la Monarquía actual.

El libro de Fernando de Meer es una investigación monográfica sobre el primer período —el más decisivo— de la vida de D. Juan para el que ha tenido el mérito excepcional de consultar algunas fuentes que nadie ha consultado hasta el momento. Quizá la más novedosa sea el archivo de Julio Danvila, el hombre que convenció a Don Juan y a Franco de la posibilidad y la necesidad de que el primogénito del primero estudiara en España. La interpretación de este autor resulta mucho más benévola para el personaje y, desde el punto de vista histórico, también mucho más sofisticada y matizada. Creo que coincidiría con lo expuesto en el párrafo anterior. Y añade algo más que me parece una gran verdad y exculpa en gran medida

al personaje. En aquellos momentos decisivos de su vida, D. Juan de Borbón era muy joven —apenas treinta años—, estaba lejos, en el exilio, y apenas tenía tras de sí un grupo de colaboradores formado por siete personas.